

¿Sabe usted escuchar?

John Faber Cuervo Jiménez*

“**U**n pequeño acuerdo de paz en Colombia significa mucho más que el aniquilamiento de uno de los tantos jefes del narcotráfico.”

Si usted, estimado lector, vacila en contestar la pregunta que sirve de título a este ensayo, probablemente culmine en una respuesta negativa; pero, en ese caso, puede tener la certeza de que con su duda ya se está acercando o ha llegado al meollo de lo que significa *saber escuchar*: dejar de pensar en uno mismo por un momento, olvidarse del egoísmo ancestral que nos mueve cotidianamente y entrar en el ámbito del otro.

Entrar en el ámbito del otro quiere decir que nos ponemos en el lugar de quien nos habla, nos sensibilizamos con sus carencias y posesiones, reconociéndolo como individuo, como un proyecto de vida y, en última instancia, como cultura.

Los periodistas veraces son aquellos que mejor saben escuchar a sus entrevistados. Los buenos gobernantes

saben escuchar a sus gobernados. Los mejores novelistas y dramaturgos son quienes más profundamente se adentran en el ámbito del otro hasta volverse, imaginariamente, su propio organismo y mente. También saben escuchar el buen profesor y el psicólogo perspicaz.

Quien sabe escuchar, sabe lo que debe hablar. Quien no sabe escuchar, repite lo que ya se dijo, da vueltas alrededor de un mismo punto de vista e inventa obstáculos insuperables. Algo así como lo que pasa en los “diálogos de paz” entre el Gobierno colombiano y la insurgencia, los cuales deberían llamarse *monólogos de paz*. No se dan los requisitos del *saber escuchar* entre estos interlocutores, pues no dejan de pensar en sí mismos, no se alivian momentáneamente del egoísmo ancestral, no se desdoblán para entrar en el *ámbito del otro*. Mientras subsistan estos comportamientos unilaterales, no se llegará siquiera a esa fase intermedia y fundamental del *saber escuchar*: reconocerle al otro un lugar en el mundo, aceptarlo como un proyecto cultural que tiene derecho a existir y a desarrollarse. Obviamente, la fase final del *saber escuchar*, que consiste en reaccionar mediante la reflexión al

* Estudiante de Economía, Universidad de Antioquia

discurso del otro para llegar a un acuerdo, sería apenas una posibilidad, una fantasía, una quimera.

El Gobierno colombiano no reconoce a las milicias urbanas y a la guerrilla nacional como grupos de resistencia civil a la creciente pauperización social, económica y moral del pueblo colombiano. Mientras que la insurgencia en general, no reconoce al Gobierno como un estamento político que, aunque apoyado en el clientelismo electoral y la ignorancia política, fue elegido para los cargos de más alta responsabilidad.

El saber escuchar constituye uno de los elementos culturales que garantizan la construcción y estabilización de una verdadera *democracia*. Lo opuesto a saber escuchar es *vetar*, el verbo más apreciado en las antidemocracias. Según el diccionario Sopena, vetar es "poner impedimento a una proposición, acuerdo o medida". Cuando se cierran los oídos a una proposición, se abren pródigamente las resistencias. Esta es la explicación genérica acerca de la aparición de una variedad de grupos de resistencia en el país.

Los fundamentalismos, el surgimiento de una diversidad de grupos violentos que persiguen una "justicia privada", las aberrantes modalidades delictivas (cada vez más creativas), son el producto, de las resistencias que se levantan a las iniciativas de la población en niveles como el económico, el político, el social, el afectivo, el sexual, de reconocimiento cultural, entre otros.

La dinámica de la violencia en Colombia se sustenta en el principio psicológico de *inacción y reacción*, es decir, en el principio *bloqueo-resistencia* en el campo de la lucha por una mejor calidad de

vida: el bloqueo a las demandas sociales, económicas, políticas, afectivas, sexuales y de identidad cultural de la población, encuentran como respuesta la resistencia emocional, verbal, física y organizada del conglomerado a dicho bloqueo.

Es pueril pensar que una reinserción total de los guerrilleros a la sociedad civil, por sí misma, pueda traer la paz, si previamente no se ha difundido con amplia cobertura una pedagogía para la convivencia a través del *saber escuchar*, teniendo como sus principales alumnos a los miembros del estamento gubernamental.

Afortunadamente, algunos sectores de la sociedad ya han iniciado esa tarea, aleccionados por su individual sensatez y responsabilidad. Estas iniciativas deben continuar en dimensiones más reveladoras.

Los colombianos no hemos presenciado una confrontación verbal, cara a cara, de un guerrillero con un paramilitar, o de un miliciano con un sicario, o la de un mal llamado "desechable" con un también mal llamado "limpiador social", o la de un representante del alto gobierno con un líder de la Coordinadora Guerrillera. Que hablen libremente los protagonistas de la violencia para que la sociedad los pueda escuchar, luego reflexionar y aportar nuevas interpretaciones y soluciones. Hay que dejar hablar para que se liberen, a manera de catarsis, las agresividades, teniendo en cuenta que la violencia de nuestro país no es instintiva ni sicópata sino, ante todo, una respuesta de la sociedad civil a las privaciones y temores sociales, un escape a la gran acumulación de frustraciones.

Es irracional permanecer en la *cultura del veto*, pues ésta es culpable, en gran medida, de la exacerbación de las resistencias y, por consiguiente, de la multiplicación de las violencias. "Los esfuerzos de las autoridades se concentran en el combate contra las manifestaciones violentas y descuidan, en cambio, la extensión de la civilidad, la democracia y la igualdad: esfuerzos que resultarían más baratos que los que hoy se dedican a remediar la violencia", escribió atinadamente Javier Darío Restrepo en uno de sus artículos.

El veto, la censura oficial, las prohibiciones de los diálogos regionales, en resumen, el imperio del *no saber escuchar*, es una práctica terca, separatista, destructora y antidemocrática. Es sensato reconocer al otro, abrirle espacio a su cultura, a sus proyectos. Para cultivar las relaciones humanas, urge el arte del diálogo, la convivencia y la cooperación. Sólo en una mente dogmática y perversa cabe la posibilidad de eliminar las culturas liberal y conservadora del territorio colombiano. Igualmente, sólo en una mente dogmática y perversa cabe eliminar la cultura de la izquierda o la indígena, o la cultura del movimiento metapolítico, o la cultura de los recicladores.

El Estado colombiano puede fortalecer la *pedagogía de la convivencia* a través de una redefinición de su estrategia de paz, abriendo los caminos del tratamiento político y negociado a los conflictos de la sociedad, también mediante una modificación profunda al sistema educativo y a través de una rectificación de su política económica nacional, que se apoya demasiado en la especulación financiera, lo que incre-

menta el abandono del agro y el desestímulo a la industria.

Dos factores inciden protuberantemente en la generación de violencia en nuestro país:

En primer lugar, nuestros jóvenes no saben qué hacer con sus vidas, podría decirse que ha surgido un individuo carente de un proyecto de vida, un hombre lumpenizado, insensible, sin autoestima, que no desea ninguna participación política, que no se inscribe con responsabilidad en la decisión de un destino común. Este tipo de hombre *no sabe escuchar*, pues a él mismo no lo han escuchado en su propia casa y, por el principio de la inacción-reacción, encontró aceptación, afecto y comunicación en la subcultura del narcotráfico. Se debe tener en cuenta que el índice de suicidios juveniles ha aumentado en nuestras ciudades más conflictivas. Todos estos jóvenes recibieron instrucción religiosa y moral, escolaridad y secundaria, y sin embargo, no saben hacia donde ir. Ellos sí quieren dirigirse a alguna parte pero encuentran las puertas y los oídos cerrados, nadie los quiere escuchar.

En segundo lugar el tipo de educación oscurantista que nos rige, plantea una pregunta: ¿qué pasa con el sistema educativo que produjo esa clase de hombres? Hay que decirlo, nuestro sistema por Ley es oscurantista. Los pénsum y sus enfoques en todos los niveles educativos, tienden a preservar una ignorancia institucionalizada mediante la repetición de conocimientos, a través de la pedagogía obsoleta que utilizan docentes mal preparados y pésimamente tratados por sus patronos; unos programas rígidos que tienden a inmovilizar la

energía creadora y transformadora de los alumnos, en los que se genera la impotencia y el seguidismo, los fanatismos y la agresividad.

Por último, vale decir que el sistema económico, infectado de injusticias, exclusiones, privilegios y explotación del hombre, sacude los cimientos de la formación ética y cultural (por buena que sea) y la corrompe. Es necesario pensar en la forma como la sociedad debe promover un tipo de hombre equilibrado, pacífico y justo desde sus propias estructuras económicas.

En Colombia, *la fuerza de la democracia está en manos de la sociedad civil*. Esta se encuentra por encima, en dignidad y en capacidad, de sus gobernantes. La potencia creativa de la sociedad civil, su capacidad de organización, su infinita red de propuesta, se estrellan reitera-

damente contra *el no saber escuchar* del poder central. Esa fuerza renovadora que expresa una diversidad de culturas está representada por los que proyectan una *pedagogía de la convivencia*, por los ciudadanos modestos y responsables que aportan con su ética civil a la armonización de las relaciones entre los hombres.

El saber escuchar, como el aprender a amar, es la premisa cultural que permite construir *un auténtico proceso democrático* desde las relaciones sociales más simples. Lo contrario, es decir, *el veto* y la no aceptación del proyecto del otro, significa seguir alimentando con gasolina la cruel fogata de la violencia. "La paz es un bien tal que no se puede desear otro mejor, ni poseer otro más útil", decía en otros tiempos San Agustín.

